

desconocidos, y que ya es hora de que se haga algo a ese respecto...?

Ahora bien: la interviú no se desarrolló sobre la base de un guión, ni siquiera fue cuidadosamente ensayada, de modo que he de confiar en la memoria para recordar respuestas apresuradamente improvisadas a preguntas que se me hacían; pero no creo que fuese tan lejos como para afirmar que «el clima general de opinión está inclinándose ahora con simpatía hacia un estudio serio del Tiempo». Lo que yo sugerí—o quise sugerir—fue que hay ahora signos en diversos sectores, sin excluir los de los físicos y matemáticos más avanzados, de que lo que yo he llamado aquí la idea de la Fortaleza con respecto al Tiempo, no se considera lo bastante buena. Como he observado anteriormente, puede que haya bombardeos, procedentes de varias direcciones, contra esta gran ciudadela central de la ciencia, la tecnología, el positivismo. Pero todavía no hay un ejército formidable que avance contra ella. Lo más que podemos decir es que parte del territorio que domina y pretende gobernar, nos muestra algunas brigadas en operaciones de escaramuzas y grupos de guerrilleros, de los cuales tengo el orgullo de ser uno más.

Lo que esta carta deja claro—y podría sostenerlo con centenares de otras cartas—es la forma en que la Fortaleza ejerce su poderío y utiliza su influencia. Es una Iglesia nueva y aun más estrecha, rígida y cargada de dogma, y probablemente ya está alentando una solapada Inquisición escolástica. Está resuelta a no cambiar de opinión respecto a nada. Por inadecuada que pueda ser su idea del Tiempo, por muchas que sean las pruebas en contra que empiezan a acumularse, independientemente del daño que pueda estar causando (incluso un ingeniero debería haber observado que nuestro mundo difícilmente se halla en un estado de radiante salud mental), esa idea no debe hallar oposición. «Por amor del cielo, no escuches eso. Vuelve morbosa a la gente...»

Es cierto que puede calificarse de «morbosa» cada vez a más gente. Disponemos de estadísticas de la Fortaleza, que así lo demuestran. Sin embargo, no tenemos estadísticas para demostrar que investigaciones comunales cada vez más y más gigantescas en torno a la naturaleza del Tiempo, estén volviendo loca a la gente. Tales investigaciones se realizan en la más minuciosa escala, y las pocas personas entre-

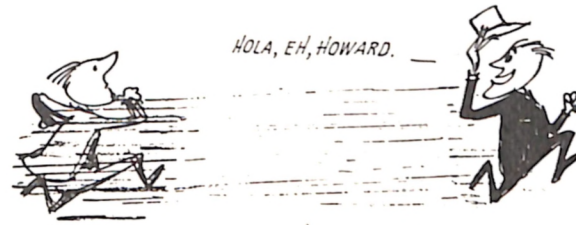
gadas a ellas me parecen ciudadanos bastante animosos y responsables. Lo que vuelve «morbosa» a mucha gente es la clase de mundo que tiene que aceptar ahora, un mundo al que ingenieros y tecnólogos no ponen en tela de juicio ni se oponen a él, un mundo dominado por la peor idea del Tiempo que los hombres hayan tenido jamás. En lo que a esta idea concierne, sería preferible que nos escapásemos, al menos con la imaginación—¿y qué es la imaginación?—, de su inexorable correa de transmisión hacia la nada. Quizá la verdad y la realidad se hallen siempre al doblar un recodo.

Permítaseme repetir que más adelante he de volver a ocuparme de esta correspondencia masiva; pero hay una cuestión que nace de ella y que deseo plantear aquí. Muchas de las personas que me escribieron confesaban que habían temido comunicar a nadie las extrañas experiencias con respecto al Tiempo que habían tenido, a menudo, aunque no siempre, adoptando la forma de sueños precognoscitivos. Y sospecho que detrás de esos corresponsales había millares de personas vacilantes que renunciaron a escribir a un extraño acerca de este tema.

También sospecho que detrás de ellos, constituyendo la inmensa mayoría, están los millones de personas que no tienen conciencia de haber pasado jamás por ninguna experiencia extraña con respecto al Tiempo, porque sus mentes estaban cerradas a tales experiencias. Para ellas, la inhibición sería demasiado fuerte. Todo cuanto se les enseñó se rebelaría contra el reconocimiento de tales experiencias. Y lo mismo haría el poderoso conformismo de nuestra época, en la cual la conservación de un empleo puede depender de la reputación de una persona, completamente al margen de la realización de su cometido, puede depender del sentido común, de la solvencia, de un aspecto saludable. Estas son cualidades deseables, mientras lo extravagante, lo morbosos, el más remoto tufillo de «desviación», son factores indeseables, ciertamente, constituyen no solo un dique contra todo ascenso, sino también una amenaza contra la conservación de cualquier empleo que no sea de los más humildes. De modo que una experiencia con respecto al Tiempo puede quedar reducida a un mero aleteo de la mente, algo que es preciso olvidar inmediatamente con un encogimiento de hombros. No tenemos por qué preocuparnos por todas las coincidencias insignificantes y ab-



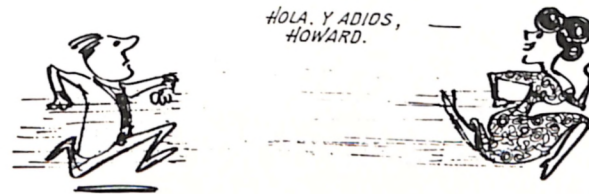
ESTOY
CORRIENDO
PERO
NO VOY
A
NINGUNA
PARTE.



HOLA, EH, HOWARD.



MURRAY
ES UNA BUENA
PERSONA.
ME AGRADA QUE
VAYA DELANTE
DE MI. POR ESO
NO VOY A
AMARGARME.



HOLA, Y ADIÓS,
HOWARD.



LUCILLE ES ESTUPENDA.
NO ES RARO QUE VAYA DELANTE.
COMPRENDO QUE SAQUE
PROVECHO DE SU PALMIÑO.
POR ESO NO VOY A AMARGARME.



MIRA, MIRA COMO CORRO,
HOWARD.



IRWIN ES CINCO AÑOS
MÁS JOVEN QUE YO
Y UNA MALA PERSONA!



SÉ QUE
CORRERÍA MÁS
QUE ÉL SI NO
FUERA POR
ESTE MALDITO
DOLOR DE
TRIPAS.

surdas que nos salgan al paso, ¿verdad? Después de todo, las personas de auténtica sabiduría nos dicen que no nos preocupemos por tales cosas.

Pero, ¿poseen realmente esa sabiduría? Desde luego, los que estamos fuera, muy fuera, de la Fortaleza, podemos engañarnos a nosotros mismos, notable flaqueza humana común a todas las épocas. Pero puede haber mucho auto-engañó en el seno de la Fortaleza. Y si de todos modos hay que arriesgarse al auto-engañó, acaso sea preferible arriesgarse adoptando un criterio amplio que no un criterio estrecho. Puede ser necio, quizá incluso peligroso, alejarse demasiado del camino principal para ser luego juguete de la fantasía; pero puede ser incluso más necio, y más peligroso en definitiva, estar tan resuelto a seguir el archiprobado camino principal, como para ponerse anteojeras, no ver nada del paisaje circundante y hallar el camino mismo, todo cuanto puede ver uno, cada vez más fatigoso, aburrido y detestable.

Y esto puede estar sucediendo ahora, cuando la última y ampliamente aceptada idea del hombre respecto al Tiempo bien podría ser realmente la última... así como la peor. Esto no quiere decir que haya de borrarse a sí mismo de la faz de la tierra, porque puede eludir ese peligro, pero sí que pierda, callada y gradualmente, aquellas cualidades de la mente y el corazón que le hacen digno de llamarse hombre. Las máquinas conservarán el tiempo cronológico, todo lo que se ha dejado a sí mismo, mejor que él. Marcarán con su tic-tac la extinción de los postreros resplandores de lo que una vez fue su imaginación gloriosa, los últimos y débiles susurros de su aventura del espíritu.

Podría suceder. Si, en lo más íntimo de mi corazón, creo que no sucederá, es porque también creo que aún no hemos llegado al término de las ideas del hombre respecto al Tiempo, sino solo de mi exposición al respecto, demasiado sucinta y esquemática, evidentemente inadecuada, pero significativa para nosotros en nuestra situación presente, cuando vacilamos en la encrucijada.

Una serie de caricaturas del americano Jules Feiffer ilustra la «carrera de ratas», es decir, la competitiva persecución del éxito material por parte del hombre moderno. Nuestra preocupación por el éxito y el progreso puede explicarse en parte por nuestro concepto limitado respecto al tiempo, concepto que ha reducido la existencia de mucha gente a una lucha desesperada para sacar el mayor partido posible de su porción de tiempo.